

Entre el miedo a que algo suceda y la esperanza de que aún no suceda, hay mucho más espacio de lo que uno piensa.

IVO ANDRIĆ

Un fantasma recorre la cultura occidental: el fantasma de los Balcanes.

MARIA TODOROVA

MOUSEHOLE



I

A veces era como si solo estuviéramos juntos por los asesinatos.

Yo había sugerido que nos tomáramos un descanso, que se convirtió en las vacaciones, para poner remedio a nuestros problemas reales; pero sabía que necesitaríamos uno más para el camino. Me distraían de mis pensamientos, de sus silencios. Los asesinatos y las vacaciones eran un parche que funcionaba.

Atravesamos Londres en coche mientras otro cadáver se desintegraba y llegamos al túnel con las primeras luces del día.

Puede que mi obsesión con los crímenes fuera morbosa, pero detesto los túneles y estar bajo tierra, y el del Canal tiene cincuenta kilómetros de largo.

Él lo sabía casi desde el principio. La primera vez que salimos oficialmente quedé con él en el Estadio Olímpico. Era 2012. Luke tenía entradas para la ceremonia inaugural. Yo evitaba el metro desde que me había mudado a Londres, y como estábamos en julio decidí echar a andar en dirección norte, siguiendo las instrucciones del móvil, que proponía una ruta que resultó no salvar el río mediante un puente. Aquel túnel estaba diseñado en curva, de modo que no veías la luz del final; para que los caballos no echaran a correr como locos. Cuando empezó la ceremonia me ofreció su jersey, de lo mucho que tiritaba.

El episodio terminó dentro del túnel. Haciendo caso omiso a los letreros que rogaban a los viajeros que permanecieran en el interior de sus vehículos, nos bajamos y salimos al esófago que nos había engullido bajo las olas. Se oía un estruendo muy fuerte, pero no parecía que nos moviéramos en ninguna dirección en concreto.

Luke se encorvó y sacó pecho varias veces seguidas. Algo hizo crac. Ya estaba agarrotado, y eso que todavía no habíamos llegado a Francia. La queja iba dirigida a mí porque por mi culpa no podíamos repartirnos la tarea de conducir. No dije nada, le enseñé varios estiramientos para relajar, lo masajeeé un poco. Los pasajeros del coche de atrás no nos quitaban ojo. Luke se puso tenso cuando se dio cuenta. A lo mejor ellos también estaban escuchando algo, razoné, y su intensa concentración no era por nosotros. Pero me entró la paranoia poshomicidio y nos encerramos otra vez en el coche.

¿Cuándo vas a volver a aprender a conducir? Y presentarte al examen, claro.

Suspiré y cerré los ojos.

Esta vez te lo pago yo. Ponte cuando termines la tesis.

Él conducía y yo no tenía el carnet, cierto, pero en realidad era yo la que guiaba. Recuerdo mi obcecación con el felices-para-siempre. Ahora me hace gracia pensar que me lo planteaba como un lugar físico al final de un largo camino. Un lugar donde deshacer el equipaje, tumbarme y no tener que moverme más, y donde el futuro sería el final.

En un momento dado todo se detuvo, se acalló, el coche se desplazó un pelín hacia delante. Salimos a una luz solar pálida, a un paisaje desangelado, expuesto. Luke hizo una mueca y bajó el parasol, pero el resplandor lo emitía la propia carretera. A un lado se alzaba una cerca blanca y reluciente y, en paralelo, el

polvillo de la tierra, o jirones de neblina. Un viso delicado, como de terciopelo, flotaba sobre los campos embarrados a la vez que el sol se desplegaba y recortaba siluetas de fábricas grises. Después del túnel, era todo paz, y silencio salvo por el sonsonete de los camiones articulados a lo lejos. Pequeños lagos con un titilar de aves blancas. Parcelas. Algún que otro tragaluz iluminado en buhardillas de casas extrañas.

Habían dado comienzo las vacaciones. A partir de ese momento, me portaría lo mejor posible.

Lo miré de refilón para comprobar de qué humor estaba.

Luke evitaba los vuelos de corta distancia por razones medioambientales. Decía que prefería disfrutar del panorama que ofrecía la carretera. De momento, las vistas eran la nada más absoluta. Algún molino eólico parado, cajitas de metal que subían y bajaban por los cinturones de asfalto.

Paramos a tomar café en una estación de servicio. Yo me quedé en el coche, mirando fijamente el área de descanso de los vehículos pesados, observando a los conductores que se apeaban para mear o fumar, recordando al tipo que había abandonado un camión lleno de gente que quedó atrapada y se pudrió en una cuneta. Impreso en los laterales, una escarapela rosa hecha de algo que parecía jamón, una misteriosa salsa parduzca, un cerrojo gris en la parte exterior de las puertas.

Cuando nos pusimos en marcha otra vez, bajé la ventanilla, dejé que el viento me azotase en la cara. Delante de nosotros, un camión dio un volantazo. Luke meneó la cabeza, y muy despacio, con toda la intención, cambió de carril.

Aun sin conocer el código de tráfico, la conducción de Luke siempre me pareció ejemplar. Con otros conductores iba nerviosa de copiloto, con una mano en la portezuela para no bajarme

pero también por si de pronto tenía que saltar. Con él, raras veces hacía eso, solo cuando otro vehículo se pegaba demasiado. Conducía con soltura pero nunca era imprudente. Al volante, al menos, nunca me dio motivos para dudar de su capacidad para adivinar las intenciones de otros o comunicar las propias.

Iba concentrada en la suave pendiente que formaba el paisaje a un lado. Cuando se redujo, o la carretera remontó, me centré en los interminables campos pardos de más allá, y en los contornos estilizados de las hileras de árboles.

¿Todo bien, Loris? Vas muy callada.

Asentí.

¿Estás mareada?

Loris era uno de mis muchos apodos. Ese primate tan cuqui que colonizó ciertos sectores de internet durante un tiempo, agarrando un paraguas diminuto o estirando los bracitos en el aire. La gente que compra ilegalmente esos animales no es consciente de que su saliva es venenosa. Aun cuando les extraen los dientecillos, el veneno del loris perezoso puede ser letal.

Dejamos atrás nombres en el mapa que me recordaron a los exámenes del colegio. La niebla se disipó. Distinguí tejados muy inclinados; la inclinación, me dijo, es por la nieve.

Se irán aplanando a medida que avancemos hacia el sur. Pasado Lyon, el clima cambia.

Admiraba que supiera esas cosas. Esas normas invisibles del territorio, como la carretera. O no del todo como la carretera, porque eran innatas.

Me noté la piel grasienta y subí la ventanilla. El silencio entre nosotros se incrementó. Resistí el impulso de poner otro episodio de crímenes y me froté la barbilla con una mano. Pasamos por delante de varios monumentos conmemorativos y por la ciudad donde había vivido Charles de Gaulle, mientras mi uña recorría toda la línea de la mandíbula.